

LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

15 DE DICIEMBRE DE 1878.—NÚM. 23.

Ecos de la semana.

En los altos círculos políticos, en los salones, en todas partes, en fin, el tema obligado de las conversaciones por espacio de ocho ó diez días, no ha sido otro que la idea lanzada por la GACETA UNIVERSAL respecto á la conveniencia de que el ilustre pacificador de Cuba fuese llamado á los consejos de la Corona, para establecer una situación de tregua el día más ó menos lejano que el Sr. Cánovas del Castillo dé por terminada su misión, cosa que habrá de suceder más pronto ó más tarde, dado que en el mundo todo es finito, incluso el Gobierno del Sr. Cánovas.

Los periódicos ministeriales, que á trueque de combatir la solución propuesta por la GACETA UNIVERSAL, no han vacilado en establecer toda suerte de teorías singularísimas, dejaron sentada una, con la cual dieron por concluida la polémica, y es la siguiente:

Que el hombre que haya de sustituir en el Gobierno al Sr. Cánovas ha de comenzar solicitándolo por sí mismo, ó lo que es igual, autorizando á un periódico para que lo haga en nombre del interesado.

Hé ahí un medio ingeniosísimo, por cierto, para conseguir que el Sr. Cánovas se eternice en el poder; porque, es claro, ¡qué hombre político será capaz (por más que los hombres políticos suelen ser poco meticulosos y no reparan en pelillos tratándose de pelillos de poltrona), qué hombre, repito, será capaz de proponerse á sí propio, diciendo: «Caballeros, aquí estoy yo que tengo tales y cuales méritos y poseo estos y los otros talentos é innumerables virtudes,—entre ellas la de ser modesto, como lo acreditan mis propias palabras y aspiraciones,—que deseo sacrificarme por mi queridísima patria, ocupando el alto puesto de presidente del Consejo de ministros?»

Claro es que ninguno será capaz de exhibirse en esa ó parecida forma; por cuyo motivo el Sr. Cánovas se verá en la durísima precisión de continuar agobiado por el peso del Gobierno todo el resto de sus días,—quiera Dios que los de Nestor sean,—no piense el Sr. D. Antonio que no le deo larga vida;—porque la verdad es que según la novísima teoría ministerial, en tanto que el *Diario de Barcelona* no esté competentemente autorizado por el Sr. Posada Herrera para proponerlo como inmediato sucesor del actual Gobierno; en tanto que *La Iberia* y demás colegas constitucionales no estén competentemente autorizados para proponer al Sr. Sagasta, y los centralistas al Sr. Alonso Martínez, y la GACETA UNIVERSAL al Sr. Martínez Campos, y así sucesivamente, claro es que cuantas soluciones propenga la prensa para resolver cualquier crisis total que pueda sobrevenir, no serán nunca otra cosa que *mamertadas* y más *mamertadas* de los periódicos; y ¿quién ha de hacer caso de las oficialidades de los *Mamertos*?

Nada, nada; es preciso convenir en que los ministeriales están en lo firme.

Los ministeriales tienen razón.

Los ministeriales han resuelto el gran problema de eternizarse en el poder...

¡Honor eterno á los ministeriales!

Se me ocurre una idea.

¿Por qué no cita el Sr. Cánovas á todos los hombres políticos de importancia, y después que los haya reunido les dice:

—El que de vosotros crea hallarse en condiciones de sustituirme, que alee el dedo, pues ya sabéis que no gusto de oficialidades *mamertinas*?

Pero ya caigo en la cuenta de por qué no lo hace.

D. Antonio teme, y con razén, que todos los españoles acudan á la cita, y lo que es peor aún, que haya en la reunión unanimidad de dedos levantados.

Retiro la idea ántes que los ministeriales se apoderen de ella para combatirla por *inoportuna, inconveniente é irrealizable*.

No quiero darles ocasión de inventar nuevas teorías.

Quedamos, pues, en que el Sr. Cánovas es *insustituible*.

Quedamos, asimismo, en que los ministeriales deben comerse el *pavo presente* y el *pavo futuro* (no es alusión al *Siglo idem*), en tanto que el Sr. D. Antonio no halle el hombre que necesita. El con grande ahínco le busca; no es, por tanto, culpa suya

si no lo encuentra tan pronto como lo desea.

También Diógenes, con ser Diógenes y apesar de su linterna, buscaba un hombre y no pudo hallarlo... ¿Qué mucho que el Sr. D. Antonio no lo encuentre, cuando sabemos que en su rebuza no usa aquel artefacto, rechazado tal vez por inútil, en vista del mal resultado que dió al filósofo griego?

Tengan paciencia las oposiciones, no den oídos á los *Mamertos*, y sobre todo, háganse cargo de que el Sr. Cánovas camina á oscuras, toda vez que prescinde de la linterna; y sabido es que áun con luz, no es empresa tan fácil como parece el hallar un hombre que sustituya al señor D. Antonio.

Paciencia, señores, paciencia, que día llegará en que el actual presidente del Consejo de ministros diga:—Ya pareció aquello.

Calma, pues, y pasemos á otra cosa.

El ciudadano Roque Barcia, apóspito del libro que piensa publicar, dice modestamente en la carta que ya conocen los lectores de la GACETA UNIVERSAL, que al dar á España ese libro, «lo que él pierde» (D. Roque, no el libro) lo gana su patria (no la del libro, sino la de D. Roque).

Hé ahí, Sr. D. Roque, una cosa que no es del todo cierta, puesto que usted *perdió*, ó contribuyó á que se perdiera, *entre otras cosas*, un buque de la marina española; y á fe que en eso *nada ganó* su patria (la de usted, no la del buque).

A bien que el bueno de D. Roque nos trae un *Diccionario general etimológico de la lengua española* en pago de aquel buque, y váyase lo uno por lo otro, dirá él (D. Roque, no el buque; toda vez que los buques no hablan *todavía*... y más vale que así sea, porque si hablaran, ¡qué de cosas podrían contar algunos!).

Gran curiosidad tengo de ver el Diccionario del Sr. Barcia, no más que por saber cómo aplica el Sr. D. Roque la etimología de la palabra *guillado*; palabra que, con grande injusticia por cierto, no consta todavía en el de la Academia española, pero que el Sr. Barcia habrá, seguramente, incluido y explicado en el suyo.

Es un capricho que yo tengo.

En Ramales, provincia de Santander, ha ocurrido estos días uno de los más notables casos de fecundidad que se conocen.

«Hay un matrimonio—dice *La Voz Montañesa*—compuesto de Francisco y Francisca Marure, primos, que ya tenían cuatro hijos dados á luz en dos partos de á dos criaturas cada uno.

El viernes último se aumentó la parentela con cuatro vástagos más, tres niñas y un niño, que han sido bautizados al día siguiente con los nombres de Natalia, Clotilde, Andrea y Andres, hallándose todos en buenas condiciones de robustez y vida.»

Dicese que los centralistas tratan de catequizar al mencionado matrimonio para atraérselo á su partido. Si, como es probable, lo consiguen, en pocos años las *huestes* representadas por el *grupo del reloj* aumentarán considerablemente.

¡Qué más quisieran los *relojeros* que atraerse media docena de matrimonios como el de Ramales!... Entónces sí que se saldrían con la suya. Formarían partido.

Anteayer, dos guardias de orden público llevaron un loco furioso á una casa de socorro.

Identificada la persona, resultó que el tal loco era barbero, el cual, hasta algunas horas ántes de darle el arrebató, había estado ejerciendo su oficio en una peluquería de las más concurridas de Madrid.

Mañana mismo aprendo á afeitarme solo, porque, está visto, eso de *dejarse hacer la barba* ofrece graves inconvenientes.

Te aconsejo que hagas lo propio, lector, por si acaso en el honrado gremio de maestro Nicolás queda algún otro individuo falto de juicio.

¡Ahí es nada, entregar uno incautamente su pescuezo en manos de un demente que maneja una navaja capaz de cortar un pelo en el aire, cuanto más un pescuezo sobre los hombros!...

Lo dicho: no quiero que nadie me haga la barba.

WERTER.

Ofrecemos á nuestros lectores un notabilísimo estudio psicológico que ha visto la luz en la *Revista Europea*; y ántes lo hubiéramos hecho de haberse publicado la GACETA el domingo anterior; porque en nuestro deseo de dar á conocer lo más selecto que se publica, apenas lo leímos, le señalamos un lugar preferente en nuestra hoja literaria. No enalteceremos el mérito de tan bello artículo, porque la elegancia de su estilo permite al lector penetrar en la profundidad de su pensamiento; pero si manifestáremos la complacencia que nos ha causado ver volver á la esfera literaria á un escritor tan distinguido como el Sr. Gullón, quien, ocupado en tareas políticas, parecía haber abandonado un campo tan fértil para su justa reputación de literato. Nuestros lectores se felicitarán como nosotros de que el hombre político se haya acordado de las letras para enriquecerlas con su fecundo ingenio, su intensidad de pensamiento y su claro, elegante y original estilo.

SIEMPRE.

Estudio psicológico.

El buen sentido de nuestro pueblo, que ha formulado en adagios innumerables todas las contradicciones de la filosofía, sabe también encerrar en breves palabras las mil y una sentencias que condenan á la humanidad, que contienen sus aspiraciones y le recuerdan sus debilidades, como las rocas de la costa recuerdan al mar embarrancado sus límites invariables. Acepta estos fallos nuestro espíritu, por la propia y por la ajena experiencia, como axiomas tanto más ciertos cuanto que son más amargos; y así los hombres frías y doloridos, unas veces con indiferencia, otras con abatimiento, repetimos todas esas frases desconsoladoras y las oímos sin inmutarnos, lo mismo que el presidiario percibe sin levantar la cabeza el ruido que con los grilletes producen al caminar sus compañeros.

Yo también me he acostumbrado. Todos los días oigo exclamar en torno mio: á muertos y á vivos...

No profetizo cuando alguno afirma que ha llegado á la *edad de los desencantos*, y suelo aprobar á los que proclaman la guerra y la destrucción como necesidades del hombre ó como calamidades inseparables de nuestra especie, que pesarán sobre este planeta mientras lo habite la humanidad.

Hay, empero, una idea no menos exacta contra la cual protestan á mi pesar todas las fibras, todas las fuerzas de mi naturaleza; hay una sentencia cuya verdad sólo por impotencia puedo admitir. Es el juicio que de los hombres y de las cosas publica esta sencilla locución popular: Todo llega, todo pasa, todo se olvida.

Así pues, los goces inefables, las penas que desgarran el alma, como las tempestades y los torrentes abren el seno de la tierra, los sucesos más prósperos, las abrumadoras desgracias, todo pasa, todo es transitorio, todo se desliza y desaparece, no sólo de la sociedad, que con esta sentencia se resignaría á la postre nuestro egoísmo, sino también de nosotros mismos; todo pasa y todo se olvida.

¿Cabe una síntesis más amarga, más cruel ni más depresiva?

El período fugaz de nuestra existencia, que apenas permite averiguar de dónde venimos y adónde vamos, es, sin embargo, demasiado largo para que conservemos en toda su integridad no solo de nuestros sentimientos. La peregrinación del hombre por la tierra no basta, según el conocido aforismo de Hipócrates, para dominar un arte ó una ciencia; mas para cambiar y para olvidar, aún tenemos vida sobrada.

Todos los hombres pueden recordar sin esfuerzo los albores de su juventud, los días en que el corazón tímido y recogido observó en silencio sus propios misterios y pretendió adivinar los encubiertos fenómenos de la existencia moral. Desde aquella época inolvidable en que quieren las almas determinar apreciaciones definitivas, como el cuerpo va revistiendo sus definitivas formas, desde entónces me preocupa la humillante resignación con que el hombre reconoce la vejez y la mutabilidad de sus sentimientos.

Concibo perfectamente la necesidad de la muerte; me resigno á sufrir las penalidades físicas y morales que forman la trama de nuestra vida, y no repugno demasiado á mi entendimiento que junto al *quid divinum* de nuestro ser haya instintos, necesidades ó pasiones, por cuyo poder se iguale el hombre á los brutos. Pero como compensación de esa pequeñez, como reflejo de ese aliento celeste que permite á la inteligencia humana tantas y tantas victorias, quisiera también el espíritu hallar en el mundo moral una sola alegría, ver á lo menos un dolor que, sin modificarse ni atenuarse, viva tanto como el que lo siente. Concédmeme Dios un goce ó una pena que resista incólume la lima del tiempo, y entónces creeré al hombre cien veces más grande que cuando domina el Océano con la brújula, y la tierra con la locomotora.

Amigos tengo que rechazan esta afirmación como la más absurda blasfemia, prodigándome al oírta todos los insultos que la vanidad ofendida puede sugerir á un corazón afectuoso.

Para estos afortunadísimos seres, el mundo no presenta enigmas ni contradicciones. el hombre, á su entender, armónico y lógico en todos sus actos, y los cambios de su alma representan una debilidad, acaso una necesidad de nuestra especie para la cual venimos tan preparados por la mano del Hacedor, que fuera peligroso y absurdo clavar en pechos humanos un sentimiento perpetuo y constante.

Sin protestas ni contestaciones suelo yo escuchar estos amistosos discursos: el exceso de mi convicción me deja sin fuerzas para la réplica; y luego... lo confesaré francamente, aunque rompa para siempre con la modestia, siento á la vez lástima y envidia hacia los que de tal suerte me argumentan. Tienen, en efecto, estos amigos míos y la generalidad de los hombres la rara fortuna de hacer, para todo lo imperfecto, elegante abstracción de sus propias personas; y cuando se habla de desencantos, cuando se aquilata la consecuencia, cuando se juzga á la humanidad, resultan ellos seres que padecen y conservan incólumes, allá en el fondo del alma, todo el impulso, toda la intensidad de sus primeros sentimientos.

Saben, en suma, teñirse las canas del corazón y engañarse puerilmente á sí propios.

Si así fuera, si alguna vez se asomaran con atención á su propio pecho, ¿no hallarían en el suyo, como en el mio, junto á la vejez miserable de sus afectos una aspiración indomable y eterna á lo permanente, á lo perpetuo, á lo definitivo?

¿Qué es si no la ambición de la gloria? ¿Qué significa el culto de las tradiciones?

El amor de los padres, que al traves de leves modificaciones dura en el hombre cuanto su propia existencia, ¿no es por lo mismo el más elevado, el más puro, el más celestial de los amores humanos?

La preferencia singularísima que han tributado á la amistad los pueblos cultos, ¿no dice cabalmente de que este nobilísimo afecto puede resistir mejor que otras pasiones á la deletérea acción de los años?

Fuera enojoso, además de inútil, ordenar otras demostraciones ó ahondar el estudio de esa lucha empeñada en el fondo de nuestro pecho entre la humana flaqueza, que todo lo debilita, todo lo cambia y modifica al influjo siniestro de los tiempos, y cierta insaciable sed de perpetuidad, de sereña é invariable firmeza que con formas y caracteres diversos invade á todos los hombres dotados de mediana sensibilidad y clara inteligencia, lo mismo cuando los eleva y perfecciona la ilustración, que cuando discurren y sueñan sin otra guía que los impulsos de su naturaleza.

El raciocinio y la experiencia exigirían de consuno que suprimiéramos de todas las lenguas algunas palabras, ó que enmendáramos siquiera el diccionario escribiendo en la letra s: *«Siempre, adverbio inverosímil: pueden usarlo los teólogos y poetas: siempre en lo humano... nada.»*

Léjos de hacerlo así, abusamos involuntariamente de semejante palabra, y por efecto de aquella lucha interior, quisiéramos abolir cuantas leyes é instituciones dificultan por su antigüedad el humano progreso, conservando al contrario, al traves de los siglos, nuestro nombre, nuestra historia, y llevando, sobre todo, más allá de la tumba los sentimientos con que otros seres nos lisonjean.

Cuando el instinto sexual y la afición á lo bello hablan por primera vez en el adolescente, cuando ignoramos aún lo que es amor y apenas comprendemos la naturaleza, ya nuestros labios prestan y exigen con toda sinceridad un juramento de *amor eterno*.

No hay hombre, ni se hallará fácilmente mujer, que no haya jurado así, con verdadera lealtad, cuatro ó seis veces. Y sin embargo, ¡cuán pocos han podido conservar un amor al traves de los años, esconderlo como una riqueza que el tiempo modifica sin destruirla, y entrar con el suave calor de aquel cariño en las heladas regiones de la vejez!

Aprovechan muchos una voluntad persistente para aumentar su fortuna ó extender su renombre; pero los mismos que suelen mostrar en la batalla social tanto valor y tanta perseverancia, se entregan cobardemente al destino para todo lo que afecte á su vida íntima. Los seres afortunados que dominan con su altura el nivel de sus semejantes, son quizá los que más subordinan los movimientos de su corazón al fin que persiguan por el mundo, y para vivir con la inteligencia, para elevarse con la riqueza, entregaron la misteriosa vida del alma al capricho inconstante de la suerte ó á la arbitraria disposición de las circunstancias.

Pasenba yo no hace mucho, con un hombre público á quien estimo y respeto, aún más que por sus talentos, por la asiduidad de su trabajo y por la consecuencia con que defende, en estos agitados tiempos, ideales políticos muy semejantes á los que proclamaba en su juventud. Iluminóse de pronto la cara de mi respetable amigo; separóse de mí cuando penetráramos en una de las calles formadas por los árboles del Retiro, y examinando con atención á dos señoras que con nosotros se cruzaban entónces, se dirigió resueltamente á saludarlas.

—¿Usted por Madrid, Valentina?—dijo cogiendo á una de ellas las manos.

—Alguna vez nos habíamos de hallar,—respondió con expresiva sonrisa una mujer en quien habían respetado los años cierta gracia puramente española y no sé qué atractivo melancólico y dulce.

Con ella cambié mi amigo en dos minutos todas las preguntas que la efusión y la confianza inspiran en casos análogos. Ambos se enteraron con mucho interés de su salud pasada y presente, de sus proyectos, de sus hijos, de sus conyuges ausentes, porque es de advertir que ambos eran casados. Aquel breve diálogo fué una lluvia de atenciones, y, si se nos permite la expresión, una avalancha de caricias verbales.

Ella parecía deferente, lisonjeada y satisfecha; pero en la mirada de sus ojos grandes, un tanto apagados, creí percibir léjos y sombras de recelo.

Mi amigo, el ilustre estadista, estaba más afectuoso, más atento y expresivo que jamás le había visto hasta entónces. Como si renunciara á la felicidad, estrechó por fin ambas manos de su interlocutora, y con promesa de visitar *uno de estos días*, saludó nuevamente y volvió á caminar conmigo.

—Graciosa habrá sido,—dije yo, para empezar la conversación, así que quedamos solos.

—Encantadora,—contestó mi amigo;—pero más que bonita, inteligente y agradable en el trato.

—¿Son ustedes amigos de la infancia?—pregunté con dudosa discreción.

—Fuimos más que amigos, fuimos... novios.

—Novios de coqueteo,—repliqué yo entónces;—novios de capricho, como quien dice, de broma. ¿Serían ustedes novios por bailar y por pasear juntos, por ostentarse mutuamente á los ojos de todos los conocidos?...

—No, señor,—respondió mi amigo;—fuimos novios muy formalmente. Aun ahora creo que ella me quiso muy de veras y yo estuve verdaderamente enamorado de ella; acaso jamás he querido tanto.

—Y sin embargo, tuvieron ustedes que separarse.

—Sí,—dijo vacilando mi amigo;—los estudios, las circunstancias nos apartaron. Mi padre quiso que me estableciera en Madrid; ella se quedó en Zaragoza. Al cabo de algún tiempo me casé yo, luego se casó ella. Pero aún ahora la encuentro y la saludo con mucho gusto.

Y dichas estas palabras, mi amigo continuó la conversación que ántes de aquel encuentro sosteníamos.

No necesité saber más. Mi respetable compañero era en aquella ocasión el veletoso y el falso. Quizá había tenido ántes para el amor la elevación y la profundidad que en otras esferas ha demostrado. Contaba, sin duda, allá en Zaragoza, las horas y los minutos en que la mano de aquella mujer no transmitía un dulce calor á las suyas. Sin el brillo incomparable de aquellos melancólicos ojos, ni el sol tenía para él luz y calor, ni el arte encerraba bellezas, ni la naturaleza esplendores. Un día sin verla, era para él sacrificio más cruel que la muerte.

Ahora pasa doce años sin saludarla, y considera como singular demostración de su consecuencia el placer con que la encuentra en paseo, ó acepta una conversación preparada por la casualidad.

Otras veces son ellas las que primero se someten al capricho de la suerte; pero todos se resignan, por fin, á desvanecer y cambiar lo que ántes consideraban inmutable y perpetuo. Cuando el cariño invulnerable no se convierte en odio cruel ó en eterno remordimiento, queda en muchas almas como un vago reflejo de un fuego casi extinguido, como el confuso recuerdo que dejan en la imaginación las variadas combinaciones de los cuadros disolventes.

Javier de Maistre lo deplora en amargas frases, y empleando una comparación ingeniosísima, dice que los hombres, como esos mosquitos que forman enjambres ó columnas en las hermosas tardes del Otoño, se encuentran por casualidad y para poco tiempo, debiendo considerarse muy felices si tienen, como los mosquitos, la destreza necesaria para no chocar unos con otros.

No logro yo, por más que lo procuro, aceptar con resignación y dar á los demás dentro de mi pecho esa existencia de linterna mágica, en la cual cambian y desaparecen, al cabo de algunos años, ideas y sentimientos, seres y fisonomías.

En vano reparo para modificarme con cuánta facilidad imitan casi todos los hombres la conducta de mi amigo y correligionario; percibo, sí, la docilidad egoísta con que obedecemos á la baja y mudable inclinación de nuestra naturaleza; pero noto á la vez en todas las miradas, veo en el trabajo de los pinceles más ricos, oigo claramente en todas las brisas y en las auras, descubro en todas las creaciones del arte una aspiración íntima y constante á la perpetuidad.

Todos los labios amantes, todas las almas que sienten, pronuncian en primer término la misma palabra: ¡Siempre!

En ella se resumen las pocas instituciones que los pueblos, tras de costosa experiencia, logran adoptar para siglos enteros, y las preciadas conquistas que algunos hombres de genio aportan de tarde en tarde al acervo de la humanidad.

Esa palabra *siempre*, que no cabe por su

—¿Usted por Madrid, Valentina?—dijo cogiendo á una de ellas las manos.

—Alguna vez nos habíamos de hallar,—respondió con expresiva sonrisa una mujer en quien habían respetado los años cierta gracia puramente española y no sé qué atractivo melancólico y dulce.

Con ella cambié mi amigo en dos minutos todas las preguntas que la efusión y la confianza inspiran en casos análogos. Ambos se enteraron con mucho interés de su salud pasada y presente, de sus proyectos, de sus hijos, de sus conyuges ausentes, porque es de advertir que ambos eran casados. Aquel breve diálogo fué una lluvia de atenciones, y, si se nos permite la expresión, una avalancha de caricias verbales.

Ella parecía deferente, lisonjeada y satisfecha; pero en la mirada de sus ojos grandes, un tanto apagados, creí percibir léjos y sombras de recelo.

Mi amigo, el ilustre estadista, estaba más afectuoso, más atento y expresivo que jamás le había visto hasta entónces. Como si renunciara á la felicidad, estrechó por fin ambas manos de su interlocutora, y con promesa de visitar *uno de estos días*, saludó nuevamente y volvió á caminar conmigo.

—Graciosa habrá sido,—dije yo, para empezar la conversación, así que quedamos solos.

—Encantadora,—contestó mi amigo;—pero más que bonita, inteligente y agradable en el trato.

—¿Son ustedes amigos de la infancia?—pregunté con dudosa discreción.

—Fuimos más que amigos, fuimos... novios.

—Novios de coqueteo,—repliqué yo entónces;—novios de capricho, como quien dice, de broma. ¿Serían ustedes novios por bailar y por pasear juntos, por ostentarse mutuamente á los ojos de todos los conocidos?...

—No, señor,—respondió mi amigo;—fuimos novios muy formalmente. Aun ahora creo que ella me quiso muy de veras y yo estuve verdaderamente enamorado de ella; acaso jamás he querido tanto.

—Y sin embargo, tuvieron ustedes que separarse.

—Sí,—dijo vacilando mi amigo;—los estudios, las circunstancias nos apartaron. Mi padre quiso que me estableciera en Madrid; ella se quedó en Zaragoza. Al cabo de algún tiempo me casé yo, luego se casó ella. Pero aún ahora la encuentro y la saludo con mucho gusto.

Y dichas estas palabras, mi amigo continuó la conversación que ántes de aquel encuentro sosteníamos.

No necesité saber más. Mi respetable compañero era en aquella ocasión el veletoso y el falso. Quizá había tenido ántes para el amor la elevación y la profundidad que en otras esferas ha demostrado. Contaba, sin duda, allá en Zaragoza, las horas y los minutos en que la mano de aquella mujer no transmitía un dulce calor á las suyas. Sin el brillo incomparable de aquellos melancólicos ojos, ni el sol tenía para él luz y calor, ni el arte encerraba bellezas, ni la naturaleza esplendores. Un día sin verla, era para él sacrificio más cruel que la muerte.

Ahora pasa doce años sin saludarla, y considera como singular demostración de su consecuencia el placer con que la encuentra en paseo, ó acepta una conversación preparada por la casualidad.

Otras veces son ellas las que primero se someten al capricho de la suerte; pero todos se resignan, por fin, á desvanecer y cambiar lo que ántes consideraban inmutable y perpetuo. Cuando el cariño invulnerable no se convierte en odio cruel ó en eterno remordimiento, queda en muchas almas como un vago reflejo de un fuego casi extinguido, como el confuso recuerdo que dejan en la imaginación las variadas combinaciones de los cuadros disolventes.

Javier de Maistre lo deplora en amargas frases, y empleando una comparación ingeniosísima, dice que los hombres, como esos mosquitos que forman enjambres ó columnas en las hermosas tardes del Otoño, se encuentran por casualidad y para poco tiempo, debiendo considerarse muy felices si tienen, como los mosquitos, la destreza necesaria para no chocar unos con otros.

No logro yo, por más que lo procuro, aceptar con resignación y dar á los demás dentro de mi pecho esa existencia de linterna mágica, en la cual cambian y desaparecen, al cabo de algunos años, ideas y sentimientos, seres y fisonomías.

En vano reparo para modificarme con cuánta facilidad imitan casi todos los hombres la conducta de mi amigo y correligionario; percibo, sí, la docilidad egoísta con que obedecemos á la baja y mudable inclinación de nuestra naturaleza; pero noto á la vez en todas las miradas, veo en el trabajo de los pinceles más ricos, oigo claramente en todas las brisas y en las auras, descubro en todas las creaciones del arte una aspiración íntima y constante á la perpetuidad.

Todos los labios amantes, todas las almas que sienten, pronuncian en primer término la misma palabra: ¡Siempre!

En ella se resumen las pocas instituciones que los pueblos, tras de costosa experiencia, logran adoptar para siglos enteros, y las preciadas conquistas que algunos hombres de genio aportan de tarde en tarde al acervo de la humanidad.

Esa palabra *siempre*, que no cabe por su

grandeza en la pequeñez de nuestros corazones, es talisman y cadena del matrimonio, y en este solo concepto piedra angular de la familia y primer fundamento de toda civilización.

Es además el dulce misterio, el más poderoso encanto de nuestra religión y de varias otras; porque el alma, débil para elevar constantemente los ojos á las alturas inaccesibles de la eternidad, solicita aquí mismo algún reflejo de ésta y se deleita con aquellos usos, con aquellas prácticas religiosas que de algún modo señalan en este mundo variable la inmutabilidad de sus creencias y la eslabonada serie de las generaciones humanas.

El árabe y el berberisco, que en la soledad de sus tortuosas calles quizá lloran á la vez sus desdichas y las de su patria, reciben todavía un consuelo inefable cuando desde lo alto del minarete canta el almudano la oración de la tarde con las propias palabras que el creyente aprendió desde niño, con el tono mismo, en el punto y en la hora en que la oyeron sus padres hace siglos, y en que las escucharán seguramente sus hijos.

Más inteligente y más previsora el catolicismo, tampoco podía olvidar el prestigio soberano que sobre nuestras almas ejerce la perpetuidad. Todo en la religión católica es permanente, secular, invariable. ¿Y podrá negarse que la inmutabilidad simbólica de sus prácticas ha conservado al catolicismo algunos ánimos vacilantes que la duda empujaba á la deserción?

El espíritu filosófico que rechaza por inútiles las comunidades contemplativas, el alma roida por la duda que ve en cada monja una religiosa de Diderot, ¿dejará de percibir, dejará de admirar, sin embargo, la poética grandeza que resalta en la igualdad inalterable de los actos conventuales? ¿Dejará de sentir, cuando menos, la sublime aunque monótona sucesión de hechos idénticos que al través de los siglos revela á los hombres el monasterio?

Allá, en la cumbre de una colina que por un lado domina la Sagra y por otro descubre las aguas del Tajo, conozco un convento de monjas, contemporáneo de Alfonso el Emperador. El eco argentino con que sus campanas anuncian la oración de la tarde, quizá suspendió en otro tiempo la carrera de aquellos caballeros castellanos que secundaron á Pedro I en la obra de crueldad y de venganza con que una y otra vez ensangrentó á Toledo y á su tierra. Desde entonces, en la interminable variedad de las épocas, todas las generaciones han escuchado, todas han sentido alguna vez resonar en sus pechos el timbre metálico con que habla el convento desde la altura de la colina.

Oyéronlo de lejos los mancebos soñadores que al caer de la tarde cabalgaban en dirección á Toledo, cuando el camino de la ciudad imperial era el más frecuentado por magnates y cortesanos, y el más animado palenque de sus aventuras y de sus intrigas; lo escuchó sobresaltada la pobre labradora que al toque de oraciones apresuraba el paso para regresar á su aldea, cuando las turbulencias de estos reinos hacían temer igualmente ataques de salteadores y desmanes de peones ó caballeros.

Hoy todavía, en la Primavera ó en el Estío, las campanas del convento, invariablemente agitadas cuando la aurora derrama su nítida luz sobre las orillas del Tajo, sirven de señal en la villa cercana para que la enamorada doncella abra otra vez su corazón á la esperanza, y espere entre las macetas de su ventana el rumor de unos pasos muy conocidos.

Llegan después las eternas noches de Diciembre: la vida se apaga y se detiene por largas horas, así en la población como en las aldeas y caseríos inmediatos; duerme confiada y egoísta la juventud; vela, por el contrario, el enfermo; vela también el hombre prematuramente achacosos, que tras de largos viajes volvió á su patria para disfrutar antes de la muerte un desahogado comprado quizá con la mitad de la vida; el cierzo agita entonces los cristales, y no se perciben otros rumores que la aspiración fatídica de las lechuzas ó el ladrido de algún perro vigilante; callan y reposan los demás seres, y ninguno comparte los sufrimientos del que, angustiado por la oscuridad de la noche y agobiado también por la duda, cuenta los minutos desde su lecho. La voz de la campana lanzada á los aires desde lo alto del monasterio señala, no obstante, la hora de mañanas, sin que basten á ensordecerla los rigores de la estación ni el silencio de la Naturaleza.

Otro sér vela, pues, voluntariamente al pie de una torre fría: otro sonido anima la frialdad sepulcral de la noche; y aquella voz de cristianismo que designa el momento de una oración y habla indirectamente de una vida inmutable, llega á nosotros en las noches de insomnio como antes llegara al oído de nuestras madres, como la oyeron anteriormente nuestros abuelos de varias generaciones. Una y otra monja al través del espacio y del tiempo han producido aquellos mismos ecos, siempre en la misma hora, cubierto el delicado brazo por un sayal igualmente tosco, tal vez agitado en secreto el seno virginal por los mismos deseos y turbada la mente por idénticas confusiones.

Nunca conozco más inteligente, más consolador ni más elevado que la perpetuidad de semejantes prácticas.

Harto comprendo que nuestros usos, nuestras instituciones y nuestra sociedad pueden caer para siempre, como desaparecieron las grandezas de Tiro y se arruinaron los jardines de Babilonia; pero alcenme yo á lo menos una estabilidad relativa, multipliquemos siquiera en la vida el siempre limitado y humano, ya que la eternidad verdadera ni cabe en la tierra ni puede entrar á cada paso en mi espíritu. Dadme en vuestro pecho y en el mio sentimientos inmutables; háltemos en la agitada existencia creaciones seculares y per-

manentes como faros con que suplir el resplandor brillante de las estrellas. Progreseemos, por fin, sin vacilar, pero conservando la paz que respeta la tradición y eslabona las generaciones; porque si grande, seductor y nobilísimo es el progreso del hombre, grandiosa y titánica es sin duda aquella sombra de Cheops, que despreciando al tiempo se cieme hace más de cuarenta siglos por encima de la gran Pirámide, y mira con desden al Simoun invasor que agita en torno de su pedestal la arena calcinada del Desierto.

Inventos, ejércitos, naciones, cataclismos y razas pasan á la sombra de las Pirámides en gigantesco é interminable desfile; el alma de las dinastías y de los sabios egipcios, viviendo aún sobre aquellos picos, puede al menos exclamar lo que sin duda cantan los ángeles en el Empíreo, lo que nosotros casi nunca podemos decir ni creer en la tierra:

¡Siempre, siempre, siempre!

PIO GULLON.

Revista financiera.

Tenemos que ocuparnos de un plazo de 15 días, puesto que el domingo anterior, como que no se publicó nuestro periódico, no pudimos dar la ordinaria revista. En esos 15 días han sufrido los fondos públicos bastantes oscilaciones, sin que hayan llegado á tener estabilidad y firmeza en sus precios. Por un lado la cuestión política, cada día más complicada; por otro los asuntos exteriores, que siempre están amenazando una conflagración general, y las medidas económicas presentadas á las Cortes por nuestro Gobierno, todo hace que existan vacilaciones en los tenedores de deuda, que son por su naturaleza sensibles á cualquier suceso, por insignificante que sea. Si á esto se agregan los intereses de los jugadores á la alza ó á la baja, algunas quiebras de bolsistas comprometidos en operaciones del mes anterior, y los mil medios de que se hace uso para forzar el tipo de los valores, se hallarán las causas de esas fluctuaciones continuas que durante la quincena han experimentado los efectos cotizables.

El 3 por 100 consolidado, que es la deuda más importante y la base del crédito de España, se cotizó el lunes 2 de Diciembre á 14,92, como último precio oficial alcanzado en Bolsa. Este precio mejoró al día siguiente, en que llegó á 15, para descender en los sucesivos á 14,95, 14,82, 14,75 y 14,60, tipo más bajo de la quincena á que se hicieron operaciones el sábado 7. Poca ha sido la mejora que ha experimentado después, porque si bien el día 11 se cotizó á 14,75, volvió á bajar á 14,62 el jueves, llegó á 14,65 el viernes, quedando ayer sábado á 14,72.

Se ve, pues, que la oscilación, sin tener las proporciones que en el mes de Noviembre, ha sido constante, ya en alza, ya en baja, aunque siempre perdiendo algunos céntimos el precio del papel, y siempre marcándose la tendencia á mayor descenso.

La renta exterior, que al principiar el mes estaba á 15 por 100, subió el día 6 á 15,55, quedando ayer á 15,40; habiendo, por tanto, mejorado apesar de las escasas negociaciones de que es objeto.

Quince céntimos ha ganado la amortizable interior con interés de 2 por 100, puesto que se hallaba el día 2 á 32,83, y cerró ayer á 33, habiendo alcanzado el precio máximo de 33,10 el día 4, en que se hicieron algunas operaciones de importancia. Este papel es bastante solicitado, porque la amortización de que ha de ser objeto en pocos años es un incentivo para su adquisición.

De billetes hipotecarios sólo se hizo una negociación el lunes 9 á 101 por 100, que es el precio que hace mucho tiempo alcanza este papel, y del cual no ha de descender, porque está perfectamente garantido, tanto en su amortización como en sus intereses.

Como era de esperar, los bonos del Tesoro han continuado mejorando por efecto del proyecto de ley que se está discutiendo en el Congreso, proyecto que tantos y tan señalados privilegios concede á esta deuda. El curso que han llevado ha sido el de 88,15 el día 2, 88,50 el 3, 90,30 el 4, 90 el 5, 89,70 el 7, 89,50 el 11, 89,10 el 13 y 89,25 el 14.

Nótese que en dos días, del 2 al 4 del mes, subió este papel 2-15 por 100, lo cual es una cosa extraordinaria, que puede ocasionar grandes ganancias á los tenedores, á la vez que pérdidas de consideración á los que hayan jugado en baja. Se conoce que la oferta excedió á la demanda, en vista del alto precio á que se cotizaba, puesto que desde el día 4 empezó á descender, sin contenerse hasta ayer que se repuso algún tanto. De todas maneras, siempre aparece que entre el tipo á que los bonos se cotizaban á principios del mes

y el que obtienen en estos momentos, hay una favorable diferencia de 1,10 por 100. Juzgamos que por muchos que sean los esfuerzos que se hagan, es difícil que pase del 90 por 100, lo cual representa un interés para el capital que en esta deuda se emplee de 6,40 por 100. Es próximamente el que obtienen las principales de nuestras deudas, lo cual indica que de 6 á 7 por 100 es hoy día el precio del dinero.

Las obligaciones del Banco y Tesoro están aún á mejor tipo, pues se cotizaron ayer á 96,70, habiendo perdido 30 céntimos desde principios de mes.

Las obligaciones de ferrocarriles conservan el precio de 29 á que estaban al empezar el mes, habiendo subido hasta 29,50 el día 3, y bajado el 13 á 28,95. Es de notar que el anuncio de subasta publicado hace seis días, subasta en que estas obligaciones figuran por una cantidad de consideración, no ha dado lugar á que mejore su tipo, antes bien puede decirse que ha producido el efecto contrario, porque en estos cuatro últimos días es cuando precisamente se han declarado en baja sus obligaciones.

Las acciones del Banco de España han mejorado de un modo considerable, contribuyendo quizás á que así suceda el mismo asunto de los bonos, que para el Banco es un nuevo y pingüe negocio. Sea ésta ú otra la causa de la subida, es lo cierto que de 248,50 han llegado ayer á 256, y con demanda de papel, que puede dar lugar á mayor alza.

El cambio sobre París ha mejorado también, pues de 4,94 francos á que se pagaba á ocho días vista el peso fuerte, ha subido ayer á 4,96. El de Londres permanece fijo á 47,55 á 90 días fecha, si bien el día 5 se negociaron algunas letras á 47,60.

En los valores objeto de descuento en Bolsa, aunque no están admitidos oficialmente á cotización, sólo ha habido variación en las carpetas de subasta, que de 22 por 100 de descuento han descendido al 14, lo cual indica que se pagan muchas en las oficinas de la Deuda.

El movimiento de la Deuda está sostenido en gran parte por las medidas del señor ministro de Hacienda, como en otras revistas hemos hecho notar. En este mes han de verificarse cinco subastas, entre ellas una extraordinaria para adquisición de deuda, y estas subastas han de ejercer impresión sobre el mercado de la plaza de la Leña. Además, el Sr. Orovio, en sus discursos pronunciados en el Congreso, ha dado á conocer que las rentas generales del Estado van en aumento, habiendo alcanzado sus rendimientos una cifra hasta ahora desconocida.

El estado de la deuda flotante relativo al mes de Noviembre, acusa una disminución de 11.737.632,22 pesetas, siendo el total á que ascendía el 1.º de Diciembre de 127.928.858,95. Esta deuda ha de quedar amortizada ó pagada con los bonos que han de emitirse, según el proyecto que actualmente se discute, necesitándose cuando menos para hacer el cambio un capital nominal en bonos de 140 millones de pesetas. Si de nuevo no se reprodujese la misma deuda flotante, nos daríamos por contentos con semejante operación.

Revista de mercados.

Desde nuestra última revista, poco ó nada ha variado la fisonomía de nuestros mercados; todas las noticias que de los diferentes puntos se reciben, están contextes en confirmar el juicio que referente al particular habíamos emitido.

Sin embargo, continúan animadas las compras, aunque no en partidas considerables; y aun cuando las ofertas han disminuido, no han logrado quebrantar la firmeza exigente de los vendedores, pero sí contenido el movimiento de alza, que en general se había iniciado.

La baja producida por los grandes arribos de cereales y forrajes á los mercados de Francia y de Inglaterra, hizo oscilar los subidos precios que allí alcanzaban, y modificó las órdenes de compras, haciendo cesar las demandas que numerosos agentes extendían por las más ricas comarcas. Pero aun cuando este hecho origina calma en la contratación, no llegará á pronunciarse la baja, porque la gran extracción habida dejó sin existencias muchas de nuestras más férricas provincias, hasta el punto de no contarse más que con lo preciso á mantener el agio corriente para el indispensable consumo.

Es verdad que las condiciones en que se ha hecho la sementera alientan al labrador, haciéndole concebir las más risueñas esperanzas; pero no todas las zonas han sido por el tiempo favorecidas; existen feracísimos terrenos en Albacete y Murcia, donde las porfiadas sequías no han permitido verificar la siembra, por cuyo motivo los granos obtienen precios fabulosos, porque la escasez motiva el estar solicitados. En cambio Barcelona recibe constantemente grandes cargamentos de trigo exóticos, y según los telegramas cruzados, deberán estar á la vista de aquel

puerto varios buques con trigos rusos destinados para aquella plaza.

Si la importación llegase á una respetable cifra, podría contrabalancear las pretensiones de los mercados de Castilla, y obtener alguna baja en la exageración que hoy sostiene; pero mucho tenemos que esto no llegue á verificarse, teniendo en cuenta el estado de nuestro horizonte político.

Hé aquí ahora un apunte de las contrataciones últimas en los más importantes mercados:

Búrgos, Arévalo, Riosoco y Medina sostienen el tipo de 12 pesetas fanega de 94 libras; en Haro se han hecho partidas entre 11,75 á 12,25 fanega en trigos buenos; en Leon, Palencia, Vitoria y Zamora, las transacciones han girado entre 11,25 y 11,75 en las mismas clases, marcando Valladolid el tipo más alto de 12,50, sin esperanzas de modificación ni cambio.

Los centenos en los mismos mercados siguen solicitados á los precios de 7 1/2 pesetas á 8,25 fanega, con particular estimación, y las cebadas sin bajar de 6 pesetas á 6,75, según tenemos anteriormente anunciado.

Casi los mismos tipos sostienen Salamanca, Ciudad-Real y Cáceres, donde el trigo no baja de las 11 1/2 á 12 pesetas fanega, siendo precios homogéneos los de las demás semillas.

Esta misma uniformidad observamos en los pueblos de esta provincia, donde consultados Navalcarnero, Campo-Real, Valdaracete, Torrejon, Alcalá, Valdemorillo y otros pueblos comarcanos, siguen la misma oscilación constante y mantenida de 11 á 12 pesetas fanega, 7 pesetas el centeno, 7 la cebada, y llegando á 7,50 y muy buscadas las algarrobas.

Nuestra alhóndiga lleva largo tiempo en los mismos precios de 14 pesetas fanega, sin que la variación haya llegado á 8 céntimos en el transcurso de un mes; las cebadas siguen el mismo camino, no excediendo de 7 1/2 á 8 pesetas, y guardando la misma proporción el centeno y las algarrobas.

En los aceites hay una tendencia á la baja, porque habiendo la cosecha acusado un gran rendimiento y siendo hasta hoy corta la exportación, su cotización se reduce y módica. En Andalucía se verifican las transacciones de 45 á 48 reales arroba.

Nuestros vinos, siempre tan buscados y cuya exportación constituye la principal riqueza de más de trece provincias, halla un gran obstáculo su demanda en los mismos cosecheros y vinicultores. Nunca se ha distinguido nuestro país por la perfecta elaboración de estos caldos; mas sea por efecto de codicia ó por una rutina vergonzosa, se ha generalizado el uso de la fuchsina como materia colorante, para suplir la falta en la clarificación y transparencia. Esto ha producido, como era natural, la retracción de los agentes franceses en cuantiosas demandas, teniendo noticias fidedignas de haberse rechazado en Vendrell una partida de 10.000 cargas de vino por contener tan nociva droga.

Aun recordamos que en Mayo de este mismo año fueron en Francia arrojados al mar importantes cargamentos procedentes de España por contener fuchsina, lo cual fué causa bastante para que por espacio de algún tiempo cesara la exportación, originándose á los vinicultores y comerciantes pérdidas considerables.

En donde mayor animación se nota para la venta de los vinos de pasto es en las provincias de Castellón y Navarra; gran movimiento en los pueblos de la Nava del Rey, Tordesillas y Tudela de Duero, de la de Valladolid; Toro, Paredes de Nava, Moraleja y Baltanás, de la de Zamora, y el mismo resultado en todo el Campo de Carriñena. En las dos Riojas, si bien en algunos pueblos hay una completa calma, en el resto tienen casi vendida la mitad de la cosecha.

En la capital no es posible buscar el promedio, porque, según tenemos repetido, los crecidos derechos de consumos y demás recargos hacen que sea imposible fijar con exactitud su primitivo tipo, ó que éste sea demasiado elevado, no pudiendo obtenerse los consumos á menos de 8 á 10 pesetas la arroba.

Nuestras plazas y mercados al menudeo siguen abundantemente surtidos de cuantos artículos de consumos son necesarios y utilizables, no habiendo tenido oscilación sensible verduras, legumbres ni frutas, y no alcanzando precios más subidos que en la anterior semana las carnes, caza, aves ni pescados. Sería ocioso dar nota detallada de los precios diarios, puesto que nuestros suscritores tienen el dato oficial exacto que cada día, por diferentes medios y hasta por la GACETA UNIVERSAL, reciben siempre que atenciones más apremiantes no nos lo impiden.

Para concluir, aconsejaremos á las clases ménos afortunadas de la sociedad la concurrencia á las plazas de Mostenses, San Ildefonso, Cabada y Tres Peces, donde además de lo bien surtidas, encontrarán una notable economía.

La eternidad.

Cuento escrito por O.

En una casería situada en risueña y alegre campiña, vivía una familia de apreciadas virtudes. Una madre y su hija María; la primera chapada á la antigua, de usanzas añejas, creyente hasta ser exagerada, y tan á la pata la llama, que si un día se le presentara un truhan y le dijera que iba en el aire una ballena que arrastraba un tránvia, creyera tal disparate cual si fuese palabra del Sér celestial.

María era muchacha cabal, muy dada á la feña, aunque su magia andaba ma-

chaca que machaca ciertas ideas que le inculcaba un su amante que viniere de buenas tierras, y que al fin la despreciara, para dedicarse á chica de más valer. De aquí que fuese fría en creencias, y dieran lugar sus dudas á alguna divergencia entre madre é hija.

Resta presentar á Blas, que á su madre se asemejaba en ideas, á su hermana en la feña, y en fuerzas á la vaca que pacía cerca y daba leche para regalarse él, su madre y María.

La vida se deslizaba tranquila en tan felices valles; las mujeres pensaban únicamente en sus quehaceres, y Blas se empleaba en la heredad.

Un día la alarma cunde en aquel eden. Se dice que la guerra estalla, guerra civil, guerra fratricida.

—¿Qué es guerra?—se preguntan aquellas sencillas gentes.

—¿Y qué es guerra civil?—vuelven á preguntarse.

Nadie acierta á dar respuesta; mas la verdad es que una vez se sienten grandes descargas, un día se ven llamaradas que iluminan el valle, y llegan á escucharse ayes de gentes que mueren, y se ve humeante sangre que riega la tierra.

Ya van á saber tan ingenuas gentes qué es guerra civil. La tea incendiaria les alumbra para que vean destruir la patria amada que el ser les diera.

Blas quiere huir del valle; mas llegan militares verdes y azules, y se llevan la juventud para enseñarle á destruir la humanidad.

Blas es militar. Aunque ni sirviera para la Iglesia, ni para la ciencia, ni para el arte, para recluta sirve, pues para recluta sirve cualquiera.

Madre é hija quedan en la más grande amargura. ¿Quién les ganará el pan? ¿Quién cuidará la vaca? ¿Quién las defenderá, si les amenazan? ¿Qué pena! ¿Qué ansia! ¿Qué crueldad! ¿Y qué le daña que se alza en armas que las familias perecan de hambre, de miseria, si él necesita máquinas para matar?

Pasan días y más días, van y vienen nuevas, y se sabe que Blas es un militar que se distingue, que entra en batallas y escaramuzas, que siempre gana cruces, y que regresará á su casa triunfante cual un Cid.

La ineróduca é indiferente María dice: —Ni viene, ni vendrá; al fin dejará de existir.

Su madre le replica: —Hija mía, Blas vivirá. La fe me dice que he de verle feliz.

Sigue la guerra. Blas ni escribe ni vuelve. María insiste: —Madre Blas, ni viene ni vendrá.

En estas alternativas trascurren meses, y la ruina aumenta, pues las partidas beligerantes parece que extreman la manera de destruir, y blanden la tea incendiaria frenéticamente.

Ya es un tren que descarrilla, sin reparar en las mil víctimas inocuas que sí deber pagar; ya es la tala de una campiña, para vengarse de quien ninguna culpa tiene; ya se quema un villar para arrasar un fuerte; ya se embargan bienes de quien únicamente peca al pensar de la manera que piensan estas bandas y aquellas.

Y pues en la tierra ningún mal es durable, y el fin persigue á la naturaleza, la furia amaina, las descargas suelen ser pequeñas, las llamas alumbra sin intensidad, la ruina decrece, la ira amansa, la campaña empieza á reverdecir, las mujeres dejan de exhalar anhelantes quejas, y la esperanza renace en las almas.

El clarín calla; únicamente de tarde en tarde tiene lugar una escaramuza, que presente la paz.

La guerra se apacigua; séres que se destruían, se abrazan.

Paulatinamente regresan á sus casas militares que traen cubierta su cabeza de laurel.

María y su madre preguntan acerca de Blas, y nadie sabe darles cuenta; y él ni escribe ni parece.

Madre é hija gimen sin cesar. Ya llega quien trae tristes nuevas. Blas muere al terminar la guerra.

María se desespera y dice: —¿Ve usted, madre mía, que Blas ni viene ni vendrá? ¡Bien dije que ni viviría, ni le vería más!

—Te engañas, hija,—exclama la madre, resignada y llena de fe.—Blas vive, pues está en la eternidad!

¡Felices quienes creen muerte esta miserable y triste vida, y vida eterna la que está más allá!